

## LA LITERATURA INDÍGENA CENTROAMERICANA AYER Y HOY<sup>1</sup>

Magda Zavala

La historia y la crítica literarias de Centroamérica han desestimado reiteradamente la existencia de un universo literario indígena. Es asunto que se deja a antropólogos y lingüistas. De ese modo, es hoy todavía un campo de estudio poco delineado y casi inaccesible.

Luego del olvido de la escritura jeroglífica en el siglo XVII<sup>2</sup> y del fin de las instituciones coloniales que propiciaron el rescate del pasado precolombino, los indígenas centroamericanos perdieron la huella de su propia memoria cultural. Los monumentos preservados pasaron a manos de coleccionistas extranjeros (los tres —o cuatro— códices mayas sobrevivientes se encuentran en museos de París, Madrid y Dresde) y de científicos mayistas. Hasta el presente, no existen publicaciones ni estudios que tengan circulación regional sobre

1. Esta ponencia se deriva de una investigación realizada por Magda Zavala y Seidy Araya en la Universidad Nacional, Heredia, Costa Rica, entre 1993 y 1995.
2. La cuestión de la escritura indígena es materia de arqueólogos y otros especialistas en culturas pretéritas y sus sobrevivencias en el presente, muy pocas veces del literato. Por esta vía, la literatura indígena escrita del pasado (recogida mediante la escritura latina en lenguas indígenas, o la contenida en los códices originales) no alcanza ciudadanía. Se piensa y concibe al indígena en cuanto perteneciente a una cultura ágrafa, lo cual dista de ser real en el caso de Centroamérica, antes de la Conquista.

Uno de los mayores despojos de la conquista fue la privación de la escritura antigua (mediante prohibiciones y persecución directa de los libros), y la exclusión del indígena de los bienes de la cultura letrada de raíz europea, dicho esto sin ignorar los valiosos, pero fallidos, intentos similares a los del Colegio de Tlatelolco, en México.

La escritura jeroglífica logró sobrevivir hasta el siglo XVII (1697), aunque entonces su práctica se reducía a la isla Tayasal, en el lago Petén, último reducto maya que escapaba a la Conquista.

estos documentos, con lo cual, los habitantes de la región nos vemos privados de este acervo.

En el siglo XX, se le ha otorgado cierto estatuto literario a un conjunto de textos míticos o poéticos de origen precolombino, tales como el *Popol Vuh* o *Pop Wuj*, el *Memorial de Sololá* o *Anales de los Cakchiqueles* y *El Rabinal Achí*, recogidos por europeos en distintos momentos de la historia de la región. Sin embargo, se le ha negado este carácter a la tradición oral indígena de carácter creativo que persiste, de generación en generación.

Por otra parte, hay una evidente confusión respecto al ámbito que abarcan las literaturas indígenas. Por ejemplo, el lingüista costarricense Adolfo Constenla, excluye de su consideración los textos recogidos por monjes (Constenla, 1976: 4), mientras que Adelaida Lorand habla del indio en la literatura guatemalteca y cita, entre los autores de literatura indígena, a Miguel Angel Asturias.

Todo esto nos indica que es necesario llegar a precisiones más finas, al modo de lo iniciado por Martín Lienhard en *La voz y su huella*, que nos permitan identificar y explicar la variedad textual en este campo.<sup>3</sup>

En realidad, las literaturas propiamente indígenas lo son, tanto por su pertenencia étnica de su productor (individual o colectivo, actual o pasado, identificable o anónimo), como por la naturaleza de sus textos que se construyen sobre la base de los discursos propios de los pueblos, e incorporan las formas de creación verbal y los temas que les son propios. Es el caso de la antigua y nueva literaturas mayas.

## LOS ESTUDIOS LITERARIOS Y LAS LITERATURAS INDÍGENAS

Como es sabido, las ideas políticas han generado paradigmas para la valoración cultural. Es así que el pensamiento, sea conservador, liberal o socialista, ha dado lugar a la selección de corpus y cortes temporales en las historias y la crítica literarias de los países centroamericanos, como ocurre en general. A partir de ese fundamento hemos podido corroborar que, durante el siglo

3. Lienhard identifica una literatura etnotestimonial (texto testimonial que alude a reivindicaciones de etnia, como lo hace Elizabeth Burgos con *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*, 1983) o etnoficcional (literatura que, partiendo de textos indígenas, fabrica un discurso étnico de ficción que asume, al modo de Mario Roberto Morales con *Señores bajo los árboles* (1995) (Lienhard, 1990: 289). Estas literaturas no solo se ocupan del tema del indígena, sino de la tradición discursiva, los valores estéticos y las denuncias que expresan las culturas autóctonas. Son, sin embargo, éstas últimas, literaturas que se deben a la mediación de un agente que se encuentra fuera de la cultura indígena.

XX, los estudios se muestran predominantemente conservadores: se inclinan por eliminar el estudio del período precolombino y empiezan sus análisis con un breve bosquejo de la Conquista española y la Colonia.

Estos trabajos aseguran que el arte indígena careció de la vitalidad que le hubiera permitido conformar una vertiente cultural en Centroamérica, durante el período colonial y posteriormente. Dejan de lado así el etnocidio soterrado y abierto que ha privado a estos pueblos de su condición de sujetos históricos. En cambio, los estudios se han preocupado por subrayar la vinculación del istmo con los modelos occidentales, en busca de signos de identidad.

Representativos de esta tendencia son los trabajos de Abelardo Bonilla para Costa Rica (1957), Rodrigo Miró en Panamá (1970) y los primeros estudios de Jorge Eduardo Arellano (1966) de Nicaragua. Para ejemplificar esta posición, examinemos los razonamientos de Bonilla.<sup>4</sup>

Durante los dos primeros siglos de la colonia, el pensamiento americano fue español, y en el último medio siglo, como durante la independencia, pudo ser antiespañol, pero no americano sino europeo, occidental. América es y será parte de Occidente y sus mejores afanes no pueden encaminarse a crear una filosofía o ciencia del mestizaje, lo que significa descender en el orden continuo y creciente de la cultura, sino a incorporar el mestizaje a la cultura occidental (p. 30).

Estas afirmaciones se sustentan en la concepción evolucionista lineal de la historia y el mito del progreso, ideas propias de la Ilustración, que se encuentran hoy en franca crisis entre los intelectuales, pero que siguen animando los proyectos políticos.<sup>5</sup>

4. Este estudioso empieza su historia con las crónicas del Descubrimiento porque considera que la cultura precolombina de Costa Rica no tiene significado en la vida literaria nacional. Propone el autor que ésta ha sido una literatura de autoformación, sin ninguna raíz aborigen y escasos vínculos coloniales con el arte europeo. A partir de esta orfandad inicial se ha producido una literatura auténtica, «libre de novelorías y derivada de la evolución normal de la nación y de sus relaciones culturales» (p. 15). Dadas estas circunstancias, Bonilla opina que no se justifica el indigenismo artístico ni político en Costa Rica, sino que la meta de las letras costarricenses debe ser alcanzar la excelencia mediante la emulación de la literatura universal, que se identifica con las normas de la literatura grecorromana, española y francesa.
5. Orientados por tales parámetros, es explicable que, intelectuales como Bonilla, piensen que los pueblos americanos deben avanzar hacia ese modelo deseable; progreso y modernidad equivalen a europeización —y desde aproximadamente la mitad de este siglo a estadounidense— y esa meta erradica del orden cultural la presencia de etnias que la pongan en peligro. Esta concepción, todavía vigente en parte considerable del mundo académico, y sobre todo en el político, ve retratada la infancia o inicio de la vida social humana en los llamados *pueblos primitivos*, donde privaría un orden emocional, y considera que la culminación de la vida civilizada está en el sociedad europea, concebida como etapa de madura racionalidad.

Por su parte, la perspectiva liberal, en varias historias literarias centroamericanas, acepta la existencia de las culturas precolombinas, pero como pasado que acabó de manera rotunda. Así, repetidamente reivindican los textos indígenas antiguos en calidad de substrato o protoliteratura, pero niegan su integración a la modernidad literaria, que empieza con la llegada de los conquistadores. Por la visión que diseñan las historias literarias, habría una especie de foso o ruptura que impidió —e impide— la circulación de bienes culturales del campo indígena al criollo o mestizo. Esta línea de pensamiento se observa en José Francisco Martínez de Honduras (1987) y en los guatemaltecos Francisco Albizúrez y Catalina Barrios.

En cuanto a la crítica centroamericana de orientación marxista —que tanto desarrollo tuvo en el campo de las ciencias sociales— en el ámbito de los estudios literarios tendió a ignorar la diversidad literaria y la variable étnica en la literatura del presente. Asumió una postura semejante a la propia de los liberales frente al arte precolombino y se dedicó al análisis de los textos literarios de la literatura consagrada o de textos emergentes representativos de grupos sociales en conflicto. Un ejemplo de esta línea crítica puede ser el pensamiento de Sergio Ramírez Mercado, quien al respecto dice en la «Introducción» a su *Antología del cuento centroamericano*:

Sus legados literarios fueron una narrativa y una poesía, ambas de carácter primitivo oral, que no aparecen organizadas en libros sagrados y que por sobre su dispersión inicial sufrieron una lenta decantación a medida que los grupos indígenas iban siendo diezmados y dispersados (1984: 11).

A pesar de esta percepción que desestima los alcances del legado textual precolombino y su incidencia posterior en el haber literario centroamericano, esta línea crítica destaca y antologa a los escritores que muestran preferencia por el tema del indígena expoliado y sujeto a la violencia de las relaciones sociales, al modo de Mario Monteforte Toledo en *Entre la piedra y la cruz* (1948) y *Donde acaban los caminos* (1953).

Aunque varias historias literarias de la región, tanto de Honduras, como de Nicaragua o del El Salvador, reivindican estos textos como parte de sus literaturas nacionales, su referencia se reduce a la mención escueta de los libros. Se carece de estudios que, al modo de Miguel León Portilla en *Literatura del México antiguo*, o de Angel María Garibay en *Historia de la literatura náhuatl*, den cuenta pormenorizada y antológica de los textos literarios específicos, contenidos en los distintos documentos.

En general, los estudios literarios en América Central<sup>6</sup> han considerado a

6. Además, poco se ha teorizado en América Latina sobre estos textos. Para este tipo de literatura, Angel Rama acuñó el concepto de «literatura transculturada» y Antonio Cornejo

las literaturas indígenas fuera de los márgenes de lo literario o en sus bordes, y les han atribuido poco valor frente a la literatura ilustrada, salvo algunas excepciones. De este modo, han obviado así la presencia de una continuidad literaria creada por los grupos indígenas desde antes de la Conquista.

## DUDAS SOBRE LA CONDICIÓN LITERARIA DE LOS TEXTOS INDÍGENAS, CERTEZAS SOBRE LAS CRÓNICAS

Numerosos excépticos expresan duda acerca del origen auténtico de los textos precoloniales. Se sabe que los conquistadores españoles destruyeron casi toda la obra escrita de los pueblos aborígenes mesoamericanos. Solo las expresiones de arte visual, elaboradas con materiales perdurables, como la escultura, el arte cerámico y la arquitectura, resistieron en parte al exterminio, por mantenerse ocultas bajo tierra o en el interior de las selvas.

El proceso de rescate y conservación de los textos, en que también participaron protagónicamente europeos, crea un espacio de incertidumbre. Efectivamente, la elite de los historiadores y sacerdotes indígenas asimilados asumieron funciones de escribanos, bajo la dirección de peninsulares o teniéndolos en perspectiva como destinatarios de los mensajes. En algunos casos, el objetivo fue preservar las tradiciones y valores antiguos, así como promover reivindicaciones simbólicas (por ejemplo, sobre el origen e historia de las etnias y de sus grupos dirigentes) o materiales.<sup>7</sup>

Los estudiosos de la literatura que han sido proclives a la exclusión de estos textos, han hecho hincapié en la impronta occidental que recibieron —desde el uso del alfabeto latino o la lengua española, el libro y el papel europeos, hasta el hecho de que iban dirigidos a los administradores y gobernantes metropolitanos. Consecuentemente, se aduce que estos documentos no son literatura verdaderamente indígena, puesto que conservarían huellas poco profundas de las culturas originarias. Por supuesto, se carece de estudios pormenorizados que prueben esta presunción. En todo caso, el posible grado de mestizaje inicial que habrían procurado sobre los materiales simbólicos indígenas los procedimientos y objetivos del rescate colonial, no puede descalifi-

Polar el de «literaturas heterogéneas». Se indica así que estos conjuntos textuales son espacios de conflicto sociopolítico, de yuxtaposición de cosmovisiones y lenguas, espacios de oposición más que de armónica fusión mestizada.

7. Señala Martín Lienhard que a menudo esta tarea se realizó desde la perspectiva de la aristocracia vencida (1990: 61). Durante la Colonia, se transcribieron códices prehispánicos, se hicieron recopilaciones y los indígenas letrados se convirtieron en informantes de los misioneros católicos acerca de los mitos, la ciencia y la historia precolombinos.

carlos; además, sería necesario un arduo trabajo, que está por hacerse, para precisar hasta qué punto calaron sobre ellos puntos de vista occidentales.

Sintomáticamente, opera un razonamiento similar, pero a la inversa, para asegurar el carácter literario de las crónicas de españoles venidos al Nuevo Mundo. Las crónicas serían literatura hispanoamericana porque hablan sobre América. En ese caso, no se es muy exigente con la búsqueda de signos de pertenencia.

Aunque con mezclas occidentales, lo cierto es que varios de los documentos indígenas coloniales muestran su origen antiguo, sea que fueran escritos con alfabeto latino en español o en lenguas indígenas.<sup>8</sup> Por esa vía, en ocasiones fue posible conocer sobre la existencia, previa a la Conquista, de escritura en códices o libros de corteza cubiertos con pieles, que les antecedieron; además se cuenta hoy también con el testimonio de las inscripciones monumentales en piedra y en cerámica, de las que se ha dicho últimamente que son un texto cultural donde es necesario *leer* sentidos hasta ahora mudos.<sup>9</sup>

En cuanto al aspecto específicamente literario en ellos, la inmensa bibliografía, ya casi inabarcable, dedicada a los estudios de las culturas de Mesoamérica y la, aunque menos numerosa, considerable producción sobre las agrupaciones humanas del Sur de Centroamérica (ocupada de la arqueología, la historia cultural y la lingüística precolombinas principalmente) aportan escasamente al estudio de la condición literaria de los textos indígenas.

## LA MARCADA EXCLUSIÓN DEL TEXTO ORAL INDÍGENA

Si bien en las culturas mesoamericanas existía escritura, eso no significa que la presencia de textos escritos fuera generalizada; en realidad, la función de los códices era complementaria para la preservación y transmisión orales del conocimiento científico y del acervo histórico o artístico. Los códices eran sumarios de una amplia gama de literatura oral: poesía, lírica, épica, narrativa e

8. El argumento de la lengua —español o lenguas autóctonas— se usa también en varios sentidos para restar carácter literario a los textos indígenas. En el caso de las transcripciones de documentos prehispánicos al español, la duda sobre su autenticidad proviene de lo azaroso de la traducción que podría alterar los originales e introducir elementos de la cosmovisión occidental. Es algo similar a la búsqueda de pureza racial, proyectada al ámbito de los textos.
9. Por su parte, la tarea del desciframiento de los jeroglíficos, aún inacabada, y los avances en la investigación arqueológica, también proporcionan al campo literario valiosos aportes. El vasto y poco explorado conjunto de la literatura indígena requiere del esfuerzo mancomunado de varias disciplinas, distintas y convergentes.

información histórica, astronómica, mítica y didáctica. Las razones que llevaron al olvido del código escrito indígena explican también la desaparición de la memoria oral sistemática que acompañaba a la escritura. Sin embargo, aún hoy entre los pueblos indígenas centroamericanos y en los sectores sociales no letrados, la creación verbal tiene un lugar destacado en la tradición oral.<sup>10</sup> Esto es, los pueblos indígenas actuales cultivan la *creación verbal*, por diversos medios formales que provee la oralidad.

En la memoria oral, antropólogos y lingüistas han encontrado importantes vetas literarias. Así lo demuestran numerosas publicaciones como las contenidas en la revista *Tradición oral indígena costarricense*, de la Universidad de Costa Rica, los textos recopilados por Doris Stone y María Eugenia Bozzoli entre los bribris; los cuentos incluidos en los estudios de Anne Chapman en Honduras (*Los hijos del copal y la candela*, 1985) sobre la tradición oral del pueblo lenca; la poesía miskita recopilada por investigadores de la talla de Eduard Conzemius (Jorge Eduardo Arellano, 1990: 11); las recopilaciones de Celso Lara Figueroa en áreas indígenas de la actual Guatemala, aparecidas en la revista *Folklor Americano* y la revista del Instituto de Investigaciones Folklóricas de la Universidad de San Carlos, entre muchos otros trabajos similares realizados en Centroamérica.

La mediación de los científicos que, a menudo, permite conocer la voz de los pueblos indígenas, crea también dificultades. Por su vía, el referente —la comunidad originaria— y el punto de vista de sus miembros alcanza el sitio cultural que otorgan los documentos, esto es, logra existencia en la esfera letrada; sin embargo, muchas veces se ha descubierto en ellos, como en los primeros tiempos coloniales, la percepción occidentalizada del mediador.

## TEXTOS PRECOLOMBINOS EN AMÉRICA CENTRAL

Como se ha dicho anteriormente, los textos indígenas centroamericanos que datan de la época precolombina, específicamente los tres códices que pertenecen al mundo maya (dresdense, Tro cortesiano o Madrid y el de París o Peresiano) se guardan fuera de la región, son poco editados y escasamente co-

10. Este es un fenómeno común a muchos pueblos o grupos sociales sin escritura. Por ejemplo, los griegos antiguos tuvieron una magnífica *literatura* oral, antes de la consolidación de un sistema de representación lingüística de tipo gráfico. Por la vía oral, crearon en el período preático (desde el siglo XII-VII a.C. hasta el siglo V a.C.) grandes epopeyas mitológicas (La *Ilíada* y la *Odisea*), que luego se fijaron mediante la escritura y dieron fundamento a la civilización occidental.

nocidos por lo literatos centroamericanos y totalmente ajenos a la cultura maya del presente.

La aparición de otros textos en el área mesoamericana de Centro América, ha permitido fijar un conjunto relativamente estable de textos recogidos durante el período colonial o posteriormente, en calidad de representativos de la literatura de las etnias presentes, especialmente de los mayas y los grupos de filiación nahua. Es el caso del *Popol Vuh*, el *Memorial de Sololá o Anales de los Cakchiqueles* o de *Tecpan Atitlán*; los *Títulos de los Señores de Totonicapán*, los *Libros de Chilam Balam*, y el *Rabinal Achí* (Baudet, 1979: 51 y ss.) Jorge Arellano menciona, además de los indicados, el *Título de la casa de Ixquib Nihaiib, Señor del Territorio de Ozoza* (1990: 3). Albízurez y Barrios adicionan a esta lista el baile-drama del *Palo volador* (1981: 44). También se incluye el texto los *Cantares de Dzitbalché* y el baile drama colonial mestizo de Nicaragua, de fuerte componente indígena, conocido como *El Güegüense*.

Muchos de estos textos, en particular los llamados *títulos, probanzas* (dis-cursos legales recogidos por los españoles donde constaban testimonios indígenas) y memoriales, permiten a los vencidos el reclamo de derechos negados. Algunos de ellos se escriben en las esferas de poder colonial (los españoles y los indígenas nobles) y otros corresponden a la voz de las colectividades de indígenas del común. El *Título de Totonicapán* por ejemplo, que se escribió en quiché en el siglo XVI, fue conservado por los indígenas hasta su presentación en un litigio, como prueba, en 1834 (Lienhard, 1990: 77).

Resta también la importante empresa de intentar el estudio comparativo de los textos del área maya (tanto los reconocidos, como el material que proviene de las fuentes orales de hoy) con los textos de la llamada Baja Centroamérica, fundamentalmente de fuente oral contemporánea. Es necesario un gesto similar al que, en los estudios históricos, realiza la *Historia General de Centroamérica* (1993) cuya edición, a cargo de Robert Carmack, logra articular un estudio en que se afirma la variada y compleja composición cultural de Centroamérica y su particular desarrollo en la Antigüedad.

De acuerdo con lo expuesto hasta ahora, es posible observar que en determinadas circunstancias se acepta el carácter literario de los materiales indígenas. En esos casos, los textos reciben un tratamiento similar a la pieza de museo. Esto significa que se hace un inventario de ellos, se les fecha, se estudian en su descubrimiento y trayectoria, se les canoniza y se indica cuál es su sitio de conservación. Sin embargo, no se deriva de este tratamiento un interés por hacer circular estos libros de manera impresa entre los centroamericanos, salvo excepciones notorias como el *Popol Vuh*.

Difícilmente, textos recogidos en las comunidades indígenas de hoy llegan a ser canonizados por la crítica literaria y cuando esto ocurre, se debe a que reciben el respaldo de la autoría de un escritor o científico que sirve de intermediario.

## LA LITERATURA INDÍGENA Y LOS ESCRITORES

Quizás la ruta de acceso más común de la literatura indígena al mundo de las letras occidentales ha sido la labor de reelaboración que algunos escritores criollos, mestizos y extranjeros han emprendido con bastante éxito. Curiosamente, una buena cantidad de escritores reelaboran los materiales indígenas bajo los presupuestos de la literatura infantil.<sup>11</sup> Este es un campo especialmente receptivo del mito indígena que se transforma, mediante sutiles y complejos procesos de producción ficcional, en materia ejemplarizante o maravillosa por medio del cuento, la leyenda, la fábula y otros.

En el presente de la región, varios autores se distinguen por su propósito de incorporar el componente indígena a su literatura, con la intención de rescatar aspectos propios de las culturas y las literaturas del pasado precolombino. Es el caso del hondureño Julio Escoto en *El árbol de los pañuelos* (1972) o de Gioconda Belli en *La mujer habitada* (1988), novelas que buscan en la historia antigua de la región valores y esperanzas para el presente.

No hay duda sobre las intenciones que nutren estas empresas. Se trata por lo general de escritores sensibles a la diversidad cultural y a la reivindicación de las etnias que han sufrido marginación. Sin embargo, no siempre su producto logra la necesaria neutralidad del autor, para expresar de manera profunda y fielmente la cultura autóctona. Suele suceder que la información sobre el mundo indígena, al pasar por el tamiz de los modelos filosóficos, religiosos y estéticos (todos sabemos que existe un indio del romanticismo, otro del modernismo y otro más del indigenismo...) de Occidente, en muchos casos oculta, más que revela el mundo autóctono.

Es posible encontrar distintos grados y formas de integración de estas esferas, que van desde los discursos científicos del antropólogo, pasando por el etnotestimonio y la etnoficción, hasta la ficción propiamente dicha que se nutre de materiales indígenas. En este último caso, el autor procura el logro de una estilización de los textos indígenas, donde éstos son un antetexto o palimpsesto que permite el logro de nuevas formas estéticas.<sup>12</sup>

11. Muchas veces se desprenden conexiones entre el mito indígena y la literatura infantil, como si se considerara, aún con espíritu de la Ilustración, que *el buen salvaje* es como un niño y que las culturas indígenas ilustran la infancia de los pueblos.
12. Estos contactos ocurren por medio de relaciones intertextuales en que la ficción es portadora de huellas de los textos y voces indígenas, pero en función de los objetivos estéticos del escritor, entre los que pueden existir propósitos testimoniales. En Centroamérica, además del trabajo ejemplar de Miguel Angel Asturias, podemos agrupar aquí en el presente

Los textos de autor fundados en materiales indígenas tendrían solo consecuencias positivas, si no se anunciaran a sí mismos como recuperación del mundo del indígena y de su cultura. Al suceder así, se da una especie de usurpación simbólica. Por ello los llamados *estudios poscoloniales* se ocupan en la actualidad de analizar los modos de presencia o de intervención del mediador o escritor en los textos de raíz étnica.

## TEXTOS INDÍGENAS DEL PRESENTE

Según hemos señalado anteriormente, en la actualidad de Centroamérica, se excluye del ámbito de las literaturas nacionales la creación verbal indígena porque, además de no expresarse en español, se le considera un subproducto verbal de literariedad poco probable. De este modo, se niega la diversidad étnica de Centroamérica, en favor del sector más blanco, que habla español y es receptor entusiasta de la perspectiva eurocéntrica.

Sobreponiéndose a las exclusiones, las nuevas formas de protagonismo social de los pueblos indígenas, en la segunda mitad del siglo XX, han identificado grupos de escritores indígenas que son portadores de las voces comunitarias, sea que escriban en español, en lenguas autóctonas, en inglés u otro idioma, especialmente entre los mayas y los cunas.

Estos escritores, entre los que se distinguen los poetas Humberto Ak'Abal y Calixta Gabriel, así como los novelistas Luis de Lión y Pedro Gaspar González, en Guatemala; o el poeta Aresteides Turpana en Panamá, procuran integrar sus textos al circuito del libro impreso. Los poemarios y recitales les permiten también transmitir una especie de *ars poética* colectiva, que afirma, documenta y da a conocer rasgos de la identidad étnica. También el trabajo literario de Rigoberta Menchú, iniciado probablemente con su acceso al mundo del libro mediante el etnotestimonio que recogió Elizabeth Burgos, es otra muestra de la búsqueda de expresión creativa, como vía para mostrar presupuestos culturales íntimos y sensibilidades estéticas soterradas de las etnias que habitan nuestra región.

El perfilamiento de una estética literaria con rasgos comunes, a partir de los textos de los nuevos autores indígenas, tanto en el orden formal (por ejemplo, el uso de los mecanismos clásicos llamados «paralelismo» y difrasismo y el empleo de elementos no léxicos, como los ideófonos),<sup>13</sup> como en la percep-

a escritores como Arturo Arias de Guatemala, Julio Escoto de Honduras, Gioconda Belli de Nicaragua y José León Sánchez de Costa Rica.

13. El sorprendente poema de Ak'Abal llamado «Cantos de pájaros», muestra hasta qué punto, con un solo recurso formal es posible construir un universo estético. El poema consiste

ción sensible e ideológica de la realidad, han de permitir a no muy largo plazo, la elaboración teórica más sistemática en torno a estas manifestaciones.

La aparición de escritores y poetas indígenas que reivindican un lugar para su escritura es un fenómeno notablemente nuevo, reconocible y enfático en el momento actual. Se trata de un paso diferente que rompe el anonimato comunitario de las recopilaciones. La voz de poetas indígenas empieza a aparecer en antologías y poemarios de la región, en particular, los elaborados por extranjeros.

Ha quedado atrás el tiempo en que el indígena borraba su identidad tras las formas y juegos retóricos de un movimiento estético en boga. Ahora el escritor indígena reivindica un lugar en el campo estético con una sensibilidad que procede de presupuestos culturales distintos a los de Occidente.

## CONCLUSIONES

Hemos podido comprobar que existen distintas formas de expresión textual del mundo indígena centroamericano, unas aceptadas y canónicas, otras omitidas o silenciadas. En mucho, todavía los textos indígenas quedan reducidos a su valor arqueológico y la literatura oral indígena contemporánea, así como la nueva literatura de autor indígena, no llegan a ser objeto de estudio ni reconocimiento, aunque ocurren casos excepcionales como el de Humberto Ak'Abal en Guatemala.

La literatura indígena revela, con voces nuevas, el pasado literario y sus modos de persistencia en el presente y muestra cómo las antiguas literaturas, lejos de ser primitivas, corresponden a la madurez y refinamiento de civilizaciones que lograron una percepción del balance adecuado entre las necesidades humanas y las demandas del mundo natural. Estas cualidades son dispensables para la cultura industrial y posindustrial, si quiere sobrevivir a sus propias limitaciones, que amenazan la sobrevivencia de la especie humana.

en la enumeración de una serie de sonidos onomatopéyicos que dan cuenta de la diversidad de pájaros, propia del hábitat del autor, según la percepción que le permite su lengua materna, el quiché. Veamos un fragmento:

"K'up, k'up, k'up...

Saqk'or, saqk'or, saqk'or...

Ch'ik, ch'ik, ch'ik...

tukumux, tukumux, tukumux...

K'urupup, k'urupup, k'urupup...

Ch'owix, ch'owix, ch'owix..."

(Humberto Ak'Abal, *Puente de palabras*, en prensa, Universidad Nacional, Heredia, Costa Rica).

La literaturas indígenas, oral o escrita, de la antigüedad y de hoy, aportan continuamente al quehacer literario, sea por la vía directa, con su voz propia, sea por medio de la obra de autores sensibles que saben ingresar a la dimensión cultural indígena y servir de portavoces de los múltiples clamores con que estos pueblos abandonan un siglo más de sojuzgamiento. ▀

## OBRAS CITADAS

- Ak'Abal, Humberto, *Puente de palabras*, en prensa, Universidad Nacional, Heredia, Costa Rica.
- Albúrez Palma, Francisco; Catalina Barrios, *Historia de la Literatura Guatemalteca*, Editorial Universitaria de Guatemala, 1981-1986.
- Arellano, Jorge Eduardo, «Literatura indígena de Centroamérica 4. Estudios en Búsqueda de nuestra identidad», *Boletín de Bibliografía y documentación*, Managua, abril-junio 1990.
- Baudet, Georges, *Las letras precolombinas*, México, Editorial Siglo XX, 1979.
- Bonilla Baldares, Abelardo, *Historia y antología de la literatura costarricense*, San José, 2a. ed., Editorial Costa Rica, 1967.
- Carmarck Robert, *Historia antigua. Historia General de Centroamérica*, Madrid, Ediciones Siruela, 1993.
- Constenla, Adolfo, *Poesía tradicional indígena costarricense*, Editorial Universidad de Costa Rica, 1996.
- Cornejo Polar, Antonio, «Para una agenda problemática de la crítica literaria latinoamericana: diseño preliminar», *Casa de las Américas* número 126, año XXI, La Habana, mayo-junio, pp. 127-122.
- Lienhard, Martín, *La voz y su huella*, La Habana, Casa de las Américas, 1990.
- Lorand de Olazagasti, Adelaida, *El indio en la narrativa guatemalteca*, San Juan, Editorial universitaria de Puerto Rico, 1968.
- Ramírez Mercado, Sergio, *Antología del cuento centroamericano*, San José, EDUCA, 4a. ed., 1984.
- Zavala, Magda; Scidy Araya, *Literaturas indígenas de Centroamérica*, Informe final de investigación, Universidad Nacional Heredia Costa Rica, 1996.